

1998

Beverley, John. *Against Literature*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 1993.

Miguel Angel Cabañas

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Cabañas, Miguel Angel (Otoño 1998) "Beverley, John. *Against Literature*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 1993.," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 48, Article 32. Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss48/32>

This Reseña is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Beverley, John. *Against Literature*. Minneapolis, MN: U of Minnesota P, 1993.

Against Literature presenta un modelo cultural en el cual la literatura no domina otras manifestaciones. En su libro, John Beverly expresa su desacuerdo con la concepción sagrada y hegemónica de la literatura; no contra la “literatura en general”, sino contra la concepción literaria que se crea entre los siglos XV y XVIII con la formación de estados europeos modernos y vinculada al colonialismo, al capitalismo y a la sociedad burguesa, con la comodificación del libro y el desarrollo de la industria editorial, y con la formación del sistema moderno de educación y de universidad (viii). Partiendo de esto, Beverly explora la relación entre literatura y poder, proporcionando una evolución de la disciplina humanística en el ámbito hispánico y evaluando, de esta forma, el estado actual de las instituciones literarias y críticas que, a su modo de ver, afectan directa o indirectamente a la sociedad.

Tomando como ejemplo la literatura hispanoamericana, Beverly habla de la ambivalencia del papel cultural de la literatura: por un lado, como institución de origen colonial, por otro lado, como instrumento necesario para el desarrollo cultural criollo y nacional. Con su juego de palabras “Cannibal/ Caliban/By Lacan” sugiere la trayectoria cultural de Hispanoamérica que sigue el modelo de colonización, descolonización y postcolonización (4). Esta fórmula, según él, pone de manifiesto la relación entre literatura y estado: inicialmente, literatura como práctica social de los españoles y las élites criollas, y una posterior idealización de la literatura como instrumento de liberación nacional (entre la alienación y la dependencia, posición ambivalente que él observa también en la producción literaria del “Boom”). Su actitud general no es la de borrar la literatura del mapa cultural, sino la de proponer el establecimiento de los *cultural studies* como disciplina universitaria alternativa, la cual respondería más correctamente a la heterogeneidad de la realidad postmoderna. Según Beverly, esta opción “anti-humanista” revolucionaría el estudio cultural, y evitaría el conservadurismo de las instituciones. Con su grito de guerra “By Lacan,” sugiere que, por un lado, Hispanoamérica solamente se entiende en su

totalidad desde las instituciones críticas estadounidenses. Por otro lado, en *Against Literature*, el ejemplo hispanoamericano se convierte en pretexto del autor para llevar a cabo estudios culturales, cuya importancia, según sugiere, sobrepasa a la simple “crítica literaria” tradicional.

En su primera parte titulada “In literature,” Beverly organiza su construcción ideológica desde la perspectiva del Renacimiento. Usando el soneto 23 de Garcilaso de la Vega explica el bagaje ideológico del poema amoroso, que por su complejidad lingüística y sus ambigüedades semánticas, se aleja del alcance cultural del *vulgo*, tomando parte ideológicamente en la concepción elitista de la literatura y poniendo de manifiesto el poder hegemónico que representa el “letrado” español (28-32). Beverly contextualiza el humanismo y lo critica encarecidamente. De ahí, nos lleva en la máquina del tiempo hasta el libro de Stephen Greenblatt titulado *Marvelous Possessions: The Wonder of the New World* que tampoco se escapa de sus juicios. Beverly llega a la conclusión de que Greenblatt, a pesar de la autorreflexividad de su libro, presupone implícitamente que la escritura europea es superior a la oralidad indígena, y por tanto, no consigue desvincularse del etnocentrismo (41). Con este ejemplo, Beverly pretende demostrar cómo los críticos tienen la función del letrado renacentista y él mismo intenta diferenciarse de este tipo de crítica.

En el capítulo siguiente, Beverly analiza el Barroco español como fenómeno artístico que, a pesar de algunos aspectos positivos, busca la producción de un arte trabajado al máximo para ofrecer un deleite aristocrático y servir de fetiche elitista. Por esta razón, en el Barroco, la figura del letrado sigue constituyendo el eje de articulación cultural mediante su conocimiento de las disciplinas de hegemonía aristocrática—como la jurisprudencia, la teología, la historia, la retórica, las leyes canónicas, la administración, las humanidades, el *arbitrismo* (economía política), la política... Beverly apunta que la literatura y sus creadores guardan una relación directa con las instituciones que llevan a cabo el control colonial (57) y, a partir de aquí, sugiere de forma somera y poco persuasiva que las figuras del ‘Boom’ son espejo del letrado por denotar la realidad latinoamericana como barroca y que, por tanto, se adhieren a la ideología colonialista de antaño dentro de una sociedad liberal-burguesa (62).

Como consecuencia de su descreimiento, Beverly está dispuesto, ya no a describir, sino a prescribir la única posible opción para la renovación de la literatura, el único género que debe atraer la atención de la crítica: el testimonio. Éste, en opinión de Beverly, cambia los modos de producción del texto—autor y lector, autor y editoriales, literatura oral y escrita— y de esta manera, reorganiza las relaciones entre literatura y estado, entre literatura y realidad. Esto, para él, hace de las literaturas de “resistencia” parte del proyecto postmoderno—idea que se sintetiza en el eslogan del título del capítulo cuatro “the margin at the center”. Beverly inscribe el

testimonio en el contexto de la producción cultural de las clases bajas y oprimidas y lo define como narrativa en primera persona, contada por el protagonista de los sucesos narrados. Ya que el narrador-protagonista no es un escritor profesional y en muchos casos es analfabeto, la transcripción del texto la recoge en una grabación un intelectual, periodista o escritor, de ahí, su carácter oral (70).

Beverly admira profundamente el género testimonial porque cuestiona las bases para el cambio ideológico-artístico. En primer lugar, apunta que es un texto de difícil clasificación con características de lo no-literario (antropología, historia personal, autobiografía, etc...) (84). También, recupera la oralidad en un mundo moderno en el que el alfabetismo y la literatura representan la norma privilegiada de expresión, y de esta manera, el testimonio va en contra del concepto de "gran escritor" (76). Además, este género tiene un referente de la vida real y ayuda a mantener y desarrollar la práctica de los derechos humanos y movimientos de solidaridad en otros espacios geográficos, esto, por tanto, lo convierte en el género postmoderno por excelencia (78). Para Beverly, este nuevo tipo de escritura cuestiona la institución literaria como creación basada en privilegios de clase, raza y sexo (97).

En su argumentación, John Beverly pone de manifiesto su optimismo utópico criticado anteriormente en otros al basar su discusión del testimonio en la solidaridad del "letrado" actual. Según Beverly, lo más positivo del género es que se le otorga la palabra al marginado, y que el autor-intelectual toma una función secundaria de "compilador" o "activador" del discurso (76-77). Por ejemplo, al hablar del testimonio *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* (1985), Beverly apunta cómo Rigoberta Menchú, la activista Quiché, utiliza políticamente a Elizabeth Burgos-Debray para dar a conocer al mundo los problemas de su pueblo (80). Supuestamente, la relación de poder se subvierte. Beverly enfatiza la función solidaria del intelectual, aunque en este caso olvida las instituciones de poder que respaldan a Burgos: la editorial, su autoridad antropológica, su cómoda residencia metropolitana en París. El testimonio de Rigoberta Menchú y Elizabeth Burgos se convierte en el ejemplo más repetido en todo el conjunto de artículos; página a página, se convierte en fetiche cultural (postmodernista) de izquierdas, se mitifica. El poder del intelectual se minimiza. Para Beverly, Rigoberta es persona, para Burgos, quizá, simplemente personaje. Aunque Beverly reconoce que el género no es en sí tan democrático, en última instancia se presenta como el único candidato que debe fomentar interés crítico.

En cuanto al debate de la postmodernidad en Hispanoamérica, Beverly observa que en algunos casos se corre el peligro de producir una fetichización de la cultura, sociedad, y el *status quo* económico de la región (el caos, la heterogeneidad, lo carnavalesco, etc.) y de esta manera atenuar la urgencia

política para convertirla en diletantismo o lo que él llama “quietismo” (106-107). Sin embargo, finalmente, Beverly se adhiere al argumento de Jameson de que en la cultura mundial ya no hay un “outside” (107).

Beverly reconoce cierta fuerza de renovación cultural y social en el movimiento, pero no quiere apoyar cualquier “postmodernism”, sólo el que llama de izquierdas, que trata de incluir todas las producciones culturales hispanoamericanas que implican resistencia hegemónica social como el testimonio, el taller de poesía de Cardenal o autores como Manuel Puig (112).

Against Literature no se opone al arte como producto de consumo, por el contrario, Beverly, desde su “postmodernism” estadounidense de izquierdas, cree en la democratización de la tecnología —computadoras, cámaras de vídeo, etc.— y de la producción cultural proveniente de esos medios (140). La postmodernidad, según Beverly, ofrece estrategias de democratización artística que involucra a las mujeres, a las clases bajas, a la clase obrera y, en definitiva, a los sectores marginales de la sociedad tanto en la *producción* como en el *consumo* cultural. Su optimismo utópico en el progreso tecnológico y su fetichización del género testimonial hispanoamericano resultan problemáticos desde sus mismas premisas acusatorias y aunque inicialmente parezca razonable acudir a la llamada de los estudios culturales para explorar las oscuras fauces de la postmodernidad.

Los hábiles argumentos del libro no convencen demasiado, sólo nos incitan a responder a las omisiones. Sus invenciones verbales se desmoronan por su propio peso. A pesar de su grito antiliterario, Beverly parece demasiado centrado en el campo de la literatura a excepción de su último capítulo, en el cual narra las posibilidades de la música Punk de los *Sex Pistols* y su final fallido como alternativa cultural. Desafortunadamente, *Against Literature* nos informa más de la lucha interna en la universidad norteamericana que sobre los estudios culturales o la cultura hispanoamericana. Es positivo que los críticos intentemos analizar los fenómenos que aparecen en distintos medios culturales, quizá hasta “descreer” del papel protagonista que le damos institucionalmente a la literatura. Prescribir lo que debe o no estar en el canon, en cambio, dejémoselo a Harold Bloom y a John Beverly.

Miguel Angel Cabañas